



Los SUCECOS



Suscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.

Notas de la semana.

La jura de la bandera se ha celebrado con la misma solemnidad de siempre, pero con más brillantez que otros años, debido al buen tiempo. En Madrid, como en todas partes, los espectadores gratis tienen mucho público, pero hace falta que el sol ayude. Después de muchos meses de mal tiempo, ese día lució un sol espléndido y daba gusto andar por la calle.

Figúrense, los que no lo han visto, lo que sería este año la jura con toda su grandeza, sus músicas, sus vistosos uniformes y su desfile por el hermoso paseo cuajado de mujeres guapas.

Pocas veces ha debutado la primavera con tanto éxito.

Lo que no ha tenido igual éxito ha sido la idea de que las mujeres echaran besos a las banderas. Los periodistas, que estuvieron recorriendo las filas del público para ver lo que pasaba, dicen que sólo pusieron en práctica la patológica idea de dos señoras: la marquesa de Esquilache y doña Emilia Pardo Bazán, únicas mujeres que previamente habían manifestado su aprobación. Y, como es natural, no tenían más remedio que hacer algo.

Este fracaso no quiere decir nada en contra del patriotismo de la mujer española, sino en contra de los que han querido implantar, en España, costumbres que no encajan en nuestro modo de ser. Que se presente la ocasión y ya verán si hay patriotismo en las mujeres, como en los hombres, aunque no lancen besos ni se descubran al paso de las banderas.

En esto, como en la religión, a medida que gana lo externo pierde lo interior, que es lo verdadero. Ahora todo el mundo se descubre al pasar por delante de las iglesias, pero hay mucho más ateísmo que cuando no se descubría nadie.

El patriotismo, como la fe religiosa, no está en las muecas, sino en el corazón.

La Junta de asociados compuesta de vecinos de Madrid de diferentes opiniones políticas, pero todos burgueses, ha echado a abajo el acuerdo del ayuntamiento respecto del concurso para el alumbrado público. Lo que quiere decir que se elimina a la compañía del gas y se saca a concurso solamente el alumbrado eléctrico. Esto es lo que pedían los concejales socialistas y esto es lo que deseaba el vecindario.

Véase que fácil es llegar a la armonía entre el socialismo y la burguesía. Como que en el fondo no hay separación de escuelas ni doctrinas sino de procedimientos para vivir. Y llegará día en que no existan ni burgueses ni socialistas; sino hombres buenos y hombres malos.

Con tal acuerdo ha cesado la violencia de los pocos periódicos que seguían atentamente esta campaña. Y es posible que ya no vuelvan a hablar del asunto, olvidándose de los que en 1893 despojaron de sus derechos y de su dinero al pueblo de Madrid, en beneficio de la compañía del gas.

Esa campaña no debía de interrumpirse hasta que purgaran su delito los autores de tamaña fechoría.

La fuga del cajero del Banco del Río de la Plata por encontrarse al-

zado en más de cuarenta mil duros, ha sacado a relucir la vida íntima de uno de tantos sujetos que gastan más de lo que pueden, con gran asombro de las gentes, intrigadas en averiguar cómo se las arreglará fulanito ó menganito para pagar, por ejemplo, cien duros de casa, no teniendo más que cincuenta de sueldo.

Verdaderamente que el cincuenta por ciento de las personas que nos salpican con sus automóviles ó nos deslumbran con sus alhajas, son un enigma, un verdadero geroglífico indescifrable... hasta que la policía nos de la solución; aunque muchas veces la solución está ya averiguada, porque son muchos los aficionados a descifrar charadas de esa clase, metiéndose, con un empeño digno de mejor causa, en la averiguación de la vida y milagros de cada vecino, sólo por darse el gusto de poder decir a los amigos:

—No te decía yo que los brillantes de la fulanita no se los había regalado su marido. ¡Naturalmente, hombre, naturalmente!

TOROS Y TORERO

La afición en Barcelona.

Ni habrá nadie que a "abola"

Una buena mañana, hará ocho ó diez días, apareció Eugenio Noel en la Rambla, y una buena noche dió en el Ateneo barcelonés una conferencia contra los toros.

Eugenio Noel es un joven de una gran cultura, de mucho talento, vehemente y apasionado, é "anda mais" simpático.

—¡Vale mucho... mucho!—que diría Jaume, el casi Pontífice, casi máximo del gallismo madrileño.

Con estas condiciones personales, á las que hay que sumar su fama de "enfant terrible" de la elocuencia mitinesca, no es de extrañar que el Sr. Noel tuviese un lleno completo en su conferencia. El Sr. Noel, dijo primero unas palabras de mal gusto acerca de Madrid, no creo yo que para conquistar al auditorio, porque esto revelaría en Noel un desconocimiento imperdonable de las personas y la situación, sino porque le salió de dentro el exabrupto, que nadie tomó en serio; fracaso primero que le estuvo muy bien empleado al Sr. Noel, y con ello tuvo ya bastante castigo.

Después de esta salida, Noel dedicó á execrar las corridas de toros. Calcúlense los horrores que diría de la fiesta, y de los festeros. Se aplaudieron á rabiar.

Cuando yo me encontré á la tarde siguiente en su tertulia de la "Maison Doré" al representante de la Em-

presa de las Arenas barcelonesas, don Luis Castillo, le di ei pésame.

—Ya se habrá usted enterado de la conferencia taurófoba de anoche. Hay que ir pensando en dedicarse á otra cosa.

—¿Ha visto usted? ¿Quién será buena recomendación para Canalejas? Voy á pedirle un destínillo sobre la marcha. Ya he encargado al impresor unos cartelones de luto para fljar en las puertas de la plaza, que dicen:

CERRADA POR

NOEL

Poco después entró Noel en el café. Varios señores le felicitaron, yo no sé si en serio ó en broma.

—Bravo, amigo. Ha dado usted un golpe definitivo á las corridas de toros. Les ha dado usted una gran estocada en los rubios.

—Ha hecho usted más. Les ha dado la puntilla.

Noel matador, Noel puntillero. Noel no protestó contra la adjudicación de estos cargos taurinos, que sin duda halagaban su vanidad de taurófobo y conferenciante elocuente, forjador de párrafos estridentes y verborreos, ta de palabras agrias.

Hizo mal el Sr. Noel en creerse el Frascuelo ó el Comas de la taufofobia. Como matador y como puntillero ha quedado muy mal el Sr. Noel. Ha levantado el toro y luego ha visto cómo se lo echaban al corral. El señor Noel mata menos que el Petaca.

Dos corridas se anunciaron para el domingo siguiente en las plazas barcelonesas. En la Vieja la curiosidad de ver á Eusebio Fuentes y á Torquito, desconocidos de aquella afición, dió un llenazo; en la Nueva, los niños sevillanos proporcionaron á la Empresa una gran entrada.

El domingo siguiente, ó sea el último, se cambiaron las tornas, y hubo un entradón formidable de los de cartelillo de "No hay billetes" en la plaza Nueva y su buena entrada en la novillada económica que daban en la otra.

¡Qué exitazo, amigo Noel!

¿Por qué no prueba usted á hacer la propaganda contraria? ¿Quién sabe si convirtiéndose usted en defensor de las corridas acabaría con ellas?

Porque del otro modo ya ha visto usted.

Don Indalecio: hay que subvencionar á este hombre. Una conferencia cada jueves, y no hay que preocuparse del cartel del domingo siguiente. Sea el que sea, lleno.

DON PIO

Ayuntamiento de Madrid

UNA ENTREVISTA CON EDISON

El feminismo, los inventos, el arte y la inmortalidad.



Yo estaba en Europa cuando robaron este mamarracho.

Los periódicos yanquis nos dan cuenta de una conversación sostenida entre una dama americana y el notable sabio Edison, quien dijo:

Han de pasar aún tres mil años antes de que las mujeres sean intelectualmente iguales a los hombres. Pretender lo contrario es ridículo. Hay algunas excepciones, no muchas, pero a la mujer le faltan algunas fibras cerebrales. La culpa es nuestra, pero veo que ya hay una tendencia al cambio y se evoluciona.

Fíjese usted, la presencia de un diminuto ratón trastorna el cerebro de todas las mujeres, mientras que cualquier niño permanece impasible.

—¿Y del feminismo, de los votos para las mujeres?...
—Creo que deben tener voto cuando tengan propiedades; como los hombres.

Después cambió de conversación repentinamente.

—¿Ha visto usted lo que dicen de mí? Dicen que yo soy la encarnación de aquel fraile Bacon que vivió en la



Mi inmortalidad está en las lámparas, en el fonógrafo

Edad Media y construyó una cabeza de bronce que podía hablar un poco y como no la completó yo he venido al mundo a completarla con el fonógrafo.

¿Qué tonterías, cuánto tiempo perdido, de qué nos serviría haber vivido antes si no nos acordamos de ello! Eso de la inmortalidad es contra toda ley, contra todo orden de la Naturaleza, contra la física.

Luego dijo de repente:

—Todo en el mundo depende de la voluntad. Yo jamás he tenido una idea nunca sueño, no he creado nada, ni yo ni nadie. No hay idea alguna que nazca en el cerebro. Todo viene del exterior. El hombre activo las coge del exterior; el indolente las deja mientras se echa a dormir. En el laboratorio, en el despacho anda el genio dando vueltas, el que está allí puede alargar la mano y apropiárselo.

Yo sólo descanso desde las doce de la noche hasta las seis de la mañana. Durante esas horas, leo y duermo. La costumbre de dormir ocho y más horas es herencia del hombre primitivo. Como no tenían luz artificial se acostaban y levantaban con el sol. No tenían otra cosa que hacer.

El espiritismo, los filtros, la alepamia son productos de cerebros enfermos. La causa es la misma, células deterioradas, eso es todo.

Yo creo que la tuberculosis pulmonar va cediendo para dejar sitio a la tuberculosis cerebral. La gran obra del asesinado Stolypin era el extirpar el envilecido misticismo de Rusia, que venía del Oriente se había impregnado con sus miasmas insanos. Y ya ve usted, aún hoy día hay nigrománticos, echadores de cartas, etc., etc.

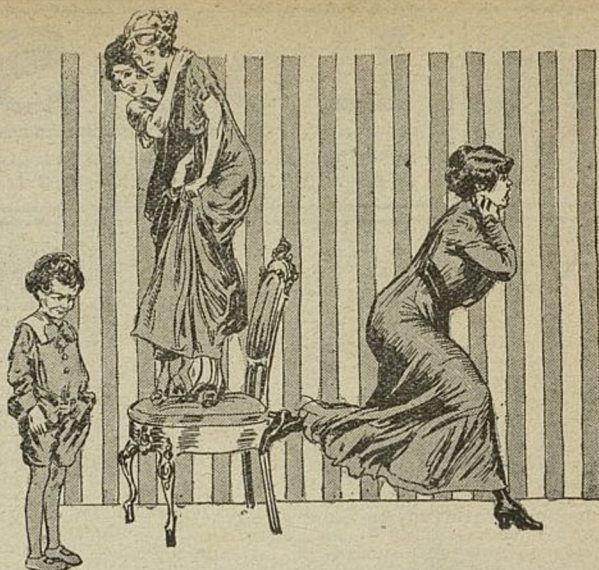
Los profetas fakines no hacen más que engañar y sacar los cuartos a los crédulos; pero qué diremos de los hipnotizadores y magnetizadores que no hacen sino perturbar el cerebro de sus pacientes, esos que usan niños y mujeres trastornados como medicinas que acababan en la locura.

—¿Y qué hacer?
—He pensado mucho en esa necesidad y no comprendo cómo una persona que tenga sentido común los puede tomar en serio.

Creo también que cuando un hombre de ciencia se hace psíquico es que su masa gris empieza a desintegrarse.

—¿Y cómo se explica usted que volvamos ahora a la magia antigua?

—Muy sencillamente. Porque la locura aumenta porque los cerebros se disgregan. Créame usted, no existe el espíritu. Todo es materia. Yo soy un organismo vivo, usted otro, como era la Martinica, destruida por el Monte Pelado. Viene una causa que desgrega, o destruye la materia y se acabó eso que llamamos espíritu. Mi inmortalidad, ¿sabe usted cuál será? Pues mis lámparas eléctricas, mis fonógrafos,



La presencia de un ratón, trastorna los cerebros femeninos.

más baterías. Si el imposible de la inmortalidad pudiese ocurrir, yo renunciaría a ella. No la quiero—diría—, dejarme descansar en paz.

Es una verdad muy grande eso de que la vida es sueño. Y de que la muerte es otro sueño; el sueño eterno. Cada noche, cuando nos dormimos, morimos, un descanso inconsciente, pues esa es la muerte. ¿Por qué temerla?

Esto no quiere decir que yo no crea en una inteligencia suprema. En cuanto al premio o castigo en otro mundo creo que existe el castigo o el premio, pero es aquí en vida, aquí en esta misma tierra los que la hacen la pagan.

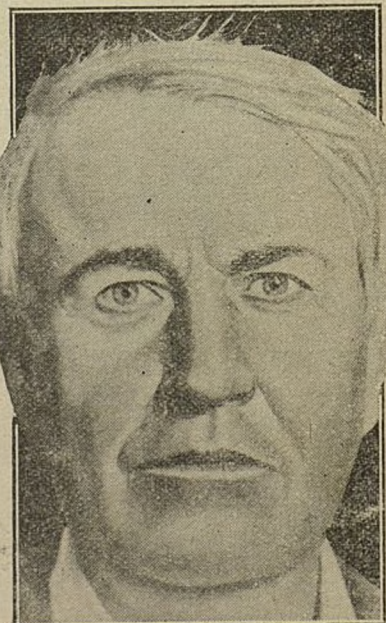
Lo que a cada uno le pasa es que él se lo ha buscado. La felicidad la tiene el hombre bueno y honrado. Más o menos comodidades, bueno va, pero hay que ver por dentro. La felicidad regula la materia como la ley de la gravedad, pero no es espiritual, es psicológica.

Un momento de pausa y Edison cambia de conversación.

—Yo estaba en Europa cuando robaron ese mamarracho.

—¿A qué se refiere usted?

—A la Mona Lisa; aquello fué ridículo. ¿Por qué valía tanto dinero? Sencilmente porque era un cuadro anti-



El sabio inventor norteamericano Thomas Alva Edison.

guo; lo demás era un mamarracho. Y tenga usted presente que no hay mano humana, aunque sea la de Leonardo Vinci, que pueda reproducir la Naturaleza. Si se quiere obtener realidad y exacto parecido hay que recurrir á un organismo más complejo; á la fotografía.

Al llegar aquí oímos el ruido de un automóvil que se paraba á la puerta. Venía á buscar á Edison:

—Me voy á mi laboratorio, señora—dijo—. Voy á mi elemento.

—Adiós.

La vida en broma.

MADRID, MEJORA

Lenta, pero constantemente, Madrid va mejorando de día en día. Y no digo de noche en noche, porque lo que es en eso de la noche, la corte ha perdido mucho. Díganlo si no los que conocieron la vida madrileña nocturna de otras épocas, cuando el pueblo gozaba tanto desde las nueve de la noche, hasta que aparecían el sol y los barrenderos.

Con el cierre obligatorio de teatros y cafés, el Madrid antiguo, ha perdido su carácter típico y su tradicional alegría, quedando á la altura de cualquier villa, sin oso ni madroño, ni evacuatorios de lujo.

Pero si desde que anochece, Madrid ha perdido la mayoría de sus encantos y la mayoría de las Cámaras parlamentarias, que no sabemos después de esa hora donde se mete, en cambio, ha ganado en todo desde la hora en que salen á la calle las burras de la leche, —muy señoras mías!—y los bombos de moler café.

Esto no me lo negará nadie, porque basta darse una vuelta por la corte, para convencerse de ello. Lenta, pero constantemente, Madrid mejora, hasta el punto, de que el mismo Weyler, que viene como ustedes saben cada cuatro días, encuentra aquí siempre alguna novedad.

La última, ha sido la llevada á cabo en el Ministerio. Se marchó dejando á todos en todos sus puestos, y ahora cuando vuelva, se encontrará con muchas caras desconocidas, entre ellas, la de Arias Miranda, á quien es posible que confunda con Arias el sombrerero.

Pero no es sólo en la política donde se operan esos cambios, aunque sea en realidad lo que más clara idea da de las mudanzas humanas. Es en todos los órdenes de la vida, incluso en el Orden público.

Un guardia de hoy, no se parece en nada ni de años atrás, y si se parece en algo, es en el sueldo, cosa que no tiene importancia. ¡Siempre el sueldo de ellos ha sido cosa pequeña!

Ve usted un guardia con su casco flamante y su empuje de oficial extranjero, y no se atreve á mirarle á la cara, ni á preguntarle por una calle cualquiera. ¡Tal es el respeto que infunden!

Sale usted á dar un paseo por las vías céntricas, que antes estaban abarrotadas de obstáculos y de vendedores ambulantes con lápices, periódicos, juguetes y chucherías que llevaban en una cajita, y hoy no encuentra usted ningún vendedor, que no tenga su cesta, su carrito, su ba-



nasta ó su puesto de 3'40 por dos metros de ancho, colocado de forma que deje completamente libre todo el trecho necesario para que circulen las moscas.

Antiguamente, la calle de Sevilla estaba siempre abarrotada de toreros y cómicos sin contrata, que obstruían el paso. Pues bien, ahora va usted á la calle de Sevilla, y no encuentra ni un torero ni un cómico.

Aquellos grupos compactos y molestos de ociosos, han desaparecido por fortuna, trasladándose para que no haya quejas, á la Puerta del Sol, que es más ancha. Luego Madrid mejora.

Días atrás, observé un fenómeno también muy halagador en mi calle, fenómeno que consigno á gusto, para que se vea que progresamos.

Por allí no habíamos visto desde la retirada de Guerrita, ni un solo guardia municipal. Y, sin embargo, hace poco que, con gran asombro de todos, se estuvo paseando largo rato, uno que hizo quitar la ropa tendida en los balcones.

¿Qué prueba esto?... Que Madrid progresa, lenta, pero constantemente, y que las autoridades municipales, aún en épocas que no son electorales, movilizan á los guardias urbanos haciéndoles prestar servicio.

¡Nada, que yo estoy encantado!...



Y felicito á los madrileños por este resurgimiento, que ha de transformar la capital de España, en plazo más ó menos breve, poniéndola, en belleza y en habitabilidad, á la altura de las mejores del extranjero.

Ayuntamiento de Madrid.

plantación del alumbrado eléctrico, que ya tienen en sus calles casi todas las aldeas de España. Y eso está ya acordado para el año 1914.

Tendremos, pues, para entonces, además de los focos habituales de tifus y viruela, los eléctricos en todas las calles.

¡Madrid, mejora!

F. ROIG BATALLER

El último secuestro.

Desde que viene la Prensa hablando de los secuestros de Enriqueta en Barcelona con detalles estupendos, que á los padres y á las madres y aun á los tíos y abuelos ponen los pelos de punta por lo horrible del suceso, no hay día que no tengamos noticias de algún secuestro ó de algún niño perdido ó de algún padre perverso.

Están de moda los nenes en esto de los sucesos, y los padres y las madres que son amantes y tiernos, (cualidades que concurren en el noventa por ciento) están pasando inquietudes y malos ratos tremendos, por si sus rorros son víctimas de alguno de esos secuestros.

Hay ya quien no les consiente que los lleven de paseo, ni que jueguen por la calle ni que vayan al colegio, y si el niño es revoltoso, y en un descuido de aquéllos se escapa y tarda en volver... ¡lo atribuyen á un secuestro!

Así llueven las denuncias sobre secuestros supuestos en el Juzgado de guardia y en los periódicos serios, cuyos redactores viven averiguando estos hechos y haciendo de "detectives" para hinchar mejor el perro. Días atrás una madre, viuda de un carabinero, se presentó al juez de guardia pidiendo verle al momento.

—Señor juez...—dijo llorando—tengo á denunciar un hecho verdaderamente horrible que á mí me está sucediendo. —¿Cállese usted y hable pronto! —Yo tengo un hijo muy bueno que me ha sido secuestrado por una mujer.

—¡Requejo!!

—Mi chico salió el domingo de casa, con traje nuevo, muy alegre, como siempre, y hoy es viernes y aún no ha vuelto. —¡Caracoles!!

—Lleva, pues, cinco días con hoy preso en casa de esa mujer que se niega á devolvérmelo.

—¡Pronto!... Que enganchen el coche. —Sí, señor; vamos corriendo. —¿Y usted conoce á la próxima que ha cometido el secuestro?... —¡Ya lo creo, señor juez!... —Si viene ya mucho tiempo queriéndomelo atrapar!... —Se dedica á eso!

—¡Cuerno!

—¡Pronto!... ¡Que enganchen á escape! —Si usted debe conocerla!... —¿Quién es pues, sepamos presto? —Es una que baila en mallas en el Salón Madrileño. —Pero, ¿qué edad tiene el chico? —Veintidós años y medio!

P. GRACO.



En busca de marido.

No quiso estar más tiempo en la Noruega fría
Nuestra sensata viuda; así es que al otro día
Tomó el portante y dijo: Vamos á ver si al fin
Encuentro algo mejor, allá en la verde Erin.

En las Islas Británicas, es Irlanda famosa
Por ser la más aguda, más alegre y graciosa,
Pues son los irlandeses picantes y guasones,
Amigos de echar flores, volubles y burlones.

Mezcla de Andalucía y de nuestro Aragón
Nos dicen los ingleses que es aquella región,
Mas sus bromas y chistes dan á veces la lata,
Pues hay mil irlandeses de malísima pata.

En la ciudad de Cork conoció á Pad O'Croma
Que el amor le hizo ardiente, pero siempre de broma.
La floreaba cual todos, con frases muy ardientes,
Apasionadas, vivas, atrevidas, valientes.

La broma era constante, constante el chicleo,
Tiroteo de frases que causaban mareo.
Tal manera de ser, para ella nueva y rara,
Ponía cual la grana su lindísima cara.

¿En qué consiste—un día preguntó temerosa—
Que seáis tan guasones? porque es muy rara cosa
Todos seáis iguales. Es—contestóla el pillo—
Porque todos besamos la piedra del castillo.

Basta darla dos besos y se obtiene el salero.
—Pues vamos ahora mismo, que yo besarla quiero—
Exclamó la viudita del todo decidida
A terminar la guasa con aquella partida.

Se colgó en el abismo y por poco se mata.
Por fin besó la piedra, trepó como una rata
Y dijo: Pues, señores, aquí no pasó nada,
Ya conseguí el salero y la gracia ansiada.

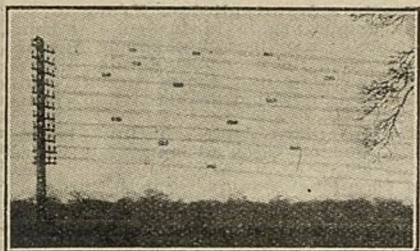
Y ahora que soy bromista, con gracia y salerosa,
Señor D. Pad O'Croma, escuchadme una cosa:
—Encuentro vuestras bromas pesadas en extremo,
Más que un hombre gracioso, me parecéis un memo.

Un marido formal, amante y cariñoso
Es lo que yo deseo, y á usted le encuentro soso.
Siga usted si le agrada besando la piedra esa,
Adiós y hasta más ver, que usted á mi no me besa.

FERS.

COSAS RARAS Y NUEVAS

Sucede amenudo que grandes bandadas de pájaros, huyendo de los dispa-



POR LOS PAJAROS

ros de los cazadores, van veloces contra los hilos del telégrafo, donde chocan y encuentran muerte segura. El Gobierno inglés, en los sitios donde hay más pájaros, ha mandado poner unas planchas de metal que avisan a los pájaros, salvándoles de la muerte.

El tren más elegante del mundo es el tren regio especial del zar de Rusia.

TREN LUJOSO

Cuando se construyó, se le blindó a prueba de bombas de dinamita, y pesa tanto, que no podría rodar por las vías férreas de ningún país, pues machacarían los raíles.

El tren lleva una pequeña capilla, con un icono milagrosísimo, biblioteca, cuartos de baño, un soberbio salón, comedor amplísimo y varios cuartos de dormir. A la cola lleva un gran coche para la servidumbre.

Un socialista de París, fabricante de zapatos, después de haber hecho una bonita fortuna con el negocio; se ha retirado a la vida tranquila, dejando a sus empleados el local, los terrenos, las máquinas, todo en fin, para que lo exploten en compañía.

El cocinero de un hotel de Chicago, ha inventado una máquina que puede lavar 18.000 platos en una hora.

El periódico de donde tomamos la noticia no dice cuántos platos rompe la nueva fregona.

Una de las aves más raras, por los escasos ejemplares de que pueden dis-



AVE FORZUDA

ponerse, y por la fuerza colosal que tiene, es el águila colombiana potente ave de rapiña, cuyo diseño acompaña estas líneas. Suelen tener de altura, por término medio, un metro. Hasta ahora sólo se conocen dos ejemplares vivos. Uno de ellos en una casa de fieras de Washington. Estados Unidos, y la otra está en el Jardín Zoológico de Nueva York, siendo esta última el mayor de los ejemplares que se conocen. Esta clase de águilas se distingue de las de su clase por el enorme y potente pico y sus garras colosales.

Tanto la flora como la fauna del Africa Meridional, producen infinidad de curiosos ejemplares y una de las que más llaman la atención es el árbol conocido con el nombre de "Arbol del Salchichón".

EL ARBOL DEL SALCHICHON

Estas especies vegetales suelen alcanzar, por término medio, unos diez metros de altura y dan una fruta que se asemeja muchísimo, en su forma, a hermosos salchichones de medio metro de largo y parece que los han colgado por broma, pues el pedúnculo es delgado como una cuerdecita.

Los monos gustan mucho de la fruta salchichón y los indígenas las comen.

Es árbol muy útil, pues con sus ramas se hacen arcos para lanzar flechas. Las hojas se utilizan para pulir



madera y la corteza se usa como medicina.

La moda de las faldas trabadas está dando que hablar muchísimo en Boston, Estados Unidos. Los estribos de los coches de punto y demás vehículos de alquiler siguen tan altos del suelo como antes de que apareciera la moda, y las mujeres no pueden subirse a los coches porque la angostura inferior de las faldas no se lo permite.

Los Clubs de mujeres, que tanto abundan en Yankilandia, se han unido, y han pedido a los empresarios de coches que bajen más los estribos, y como a los dueños de los coches no les hace gracia modificación tan costosa, las Compañías de transporte de pasajeros se niegan a ello, y hay un conflicto en pie entre las faldas estrechas y los estribos altos.

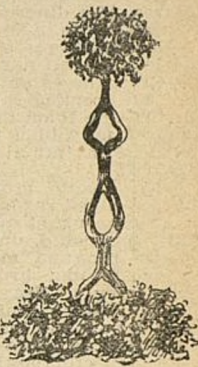
Sigan este consejo las bostonianas: den a la falda diez centímetros más de vuelo, acérquense mucho al estribo, levanten el menudo ó largo pie, y ya están dentro del coche.

En las regiones polares dos personas que están separadas a más de media legua de distancia, pueden oírse perfectamente y seguir una conversación sin necesidad de levantar la voz ni hablar a gritos.

El árbol que se ve en nuestro grabado, no es una obra de escultura, si-

ARBOL NATURAL

no un árbol natural, formado por tres árboles que han nacido juntos y entrelazados. Claro está, con ayuda del horticultor. El árbol, tan raro como puede verse en el dibujo, se ve en el Jardín de Aclimatación de París, y llama la atención de cuantos visitan el curioso jardín, uno de los mejores del mundo.



Hace algún tiempo, un austriaco de Szegedin, vendió a un Museo su piel, por la cantidad de treinta y dos libras esterlinas, unas ochocientas noventa y cinco pesetas, próximamente, con la condición de que después que le despegaran, enterraran su cuerpo debidamente.

Ahora acaba de morir, a la edad de ochenta y cinco años, y a la hora de la muerte, pedía a sus herederos (?) que deshicieran el contrato.

Hace muy poco, en la alcaldía de Brives-Charensac, Francia, contrajeron matrimonio dos enamorados viejos: un verdadero idilio.

El novio es cartero y tiene "setenta y dos" años y la "distinguida joven", ha cumplido ya los ochenta y ocho. Una buena pareja que suma ciento cincuenta y seis años.

Ambos están fuertes, comen bien, andan como jóvenes, la vista es magnífica, tienen buen humor y ven un porvenir de color de rosa.

Cuando no se tiene a mano un sacacorchos hay un modo muy sencillo de

A FALTA DE PAN...

descorcharlas sin necesidad de empujar el tapón hacia abajo. Para ello basta pasar con rapidez un cuchillo por el gollete de la botella y después dar unos cuantos golpes secos



alrededor del cuello. El cuello se corta en la misma línea y basta envolverlo con una servilleta y tirar de ella para que salga el tapón con el gollete.



EL MISTERIO del tren ESPECIAL



NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

testó Coulson—, me consta que al sobrecargo del buque le entregó una cartera; yo estaba presente por casualidad, y contenía de tres á cuatro mil dólares. Ese dinero no lo tenía cuando le registraron. ¿No es así?

—De modo, que según eso, usted cree que lo mataron para robarle.

—Creo que es de sentido común pensar así—replicó el americano—. Un hombre que toma un tren especial para Londres muy bien puede ser objeto de codicia é invitar al robo: ¿No le parece á usted?

—En efecto, muy bien pensado; le sobra á usted razón, señor Coulson, pero no cree usted que pudiese tener alguna enemistad, una riña, algo así...

—De ninguna manera. Era incapaz de armar una bronca, como decimos vulgarmente. Era muy pacífico, muy bueno, y si no tenía amigos, me atrevería á poner la mano en el fuego para jurar que no tenía un enemigo.

El inspector cogió el sombrero y se preparó para salir, mas antes preguntó: —¿Dígame, señor Coulson, va á estar usted mucho tiempo entre nosotros?

—Unos ocho días, próximamente. Me ocupo del negocio de máquinas para cardar y tejer lana y tengo que visitar varias fábricas inglesas. Después pasaré á Francia, con el mismo objeto. Allí me tendrá usted á su disposición en el Grand Hotel, pero, no creo que tenga necesidad de mis servicios, pues ya nada puedo decirle sobre el asunto Fynes.

Así lo creyó también el policía y se despidió de Mr. Coulson, el cual continuó sentado en el baúl, cepillándose con fuerza su canosa cabellera. Después se levantó, se dirigió al teléfono y pidió comunicación con el número... tantos.

Al poco rato contestaron y se oyó que el americano decía:

—Soy James B. Coulson, de Nueva York, acabo de llegar de Liverpool, donde he desembarcado del Lusitania y estoy aquí en el Hotel Savoy, cuarto núm. 443, de donde hablo.

A esto siguió un corto silencio y la voz de Coulson contestó:

—Le espero á usted á eso de las siete, esta tarde, en el salón de fumar. Si no ocurre nada grave, aquí espero; no pienso salir del hotel.

No habían pasado treinta segundos cuando llamaron á la puerta y se presentó un botones.

—Una señorita pregunta por usted y desea verle—dijo el muchacho entregándole una tarjeta.

Mr. Coulson la cogió y leyó la cartulina: "Miss Penélope Morse", leyó para sus adentros y exclamó en alta voz:

—No creí que era tan conocido en Londres. Dí á esa señorita que bajo en seguida.

—Muy bien, señor, se lo diré. Viene con un caballero, lea usted la otra tarjeta.

Por ella se enteró que la otra visita era del barón Carlos Somerfield.

—¡Barón!—exclamó Coulson—, no sé quién será. Algún pariente de esa señorita. ¿Vienen juntos?

—Sí, señor, juntos.

VIII

UNA CARTA

Mr. Coulson bajó y halló en el recibimiento á los visitantes. La señorita y el barón hablaban animadamente. El caballero se levantó al entrar Coulson y se inclinó.

Era un joven elegantísimo de muy finas maneras, alto, casi atlético, que parecía inteligente, aunque á Coulson no le pareció que tenía muchos sexos en la cabeza al ver el redondo monóculo que llevaba en un ojo.

El joven, al aceptar la mano del americano preguntó:

—¿Tengo el gusto de hablar con el Sr. Coulson?

Este contestó afirmativamente.

—Usted nos dispensará que venga—nos á molestarle sin dejarle descansar desde su llegada, pero esta joven, la señorita Penélope Morse estaba impaciente por conocer á usted. Como ustedes los americanos no se están quietos mucho tiempo en ninguna parte, no ha querido perder tiempo y me ha hecho que la acompañe.

Miss Morse habló entonces diciéndole, con encantadora sonrisa:

—Me temo, Sr. Coulson, que para su capote, está ya deseando que nos vayamos.

Aunque el americano sabía que ni por su edad ni por su facha, podía flechar á ninguna mujer, se asombró al ver el agradable, el casi acariciador mimo de su paisana.

—De ninguna manera, señorita—replicó Coulson—, su presencia me es muy agradable, y si en algo le puedo ser útil no tiene usted más que decirme lo.

Pues venía á hablar con usted del pobre Fynes. Hace cosa de media hora he leído la entrevista que ha tenido con un repórter y no me he podido contener, ansiando hablar con usted de mi amigo y del horrible crimen de que ha sido la víctima. No me atrevía á venir sola y he suplicado al barón que me acompañara.

Mr. Coulson se sentó en el sofá al lado de la joven y apoyando ambas manos en las rodillas, se inclinó hacia delante y empezó por decir:

—En realidad no sé que decirle á usted de Fynes. ¿Era muy amigo de usted?

—Le conocía bastante bien y su trágica muerte me ha impresionado hondamente. Cuando he leído la información en el periódico he comprendido al momento que no le decía usted todo lo que sabe, y lo comprendo. A nadie le gusta ver mezclado su nombre en las columnas de los periódicos en sucesos de esa índole.

—Muy bien pensado, señorita; es usted la sensatez en persona. Y permítame á mí vez que yo la interrogué. ¿Pensaba usted haberle visto en Londres?

—¡Vamos á almorzar juntos el día de su llegada. Me invitó desde Queens-ton por un marconígrama.

—Sí, sí, entendido.

—A la hora de la cita fui al restaurant ignorando la terrible desgracia que por mucho que me devano los sesos no acierto á explicar, porque el pobre Hamilton era completamente ofensivo y no sabía que pudiera tener ningún enemigo. ¿No es usted de mi misma opinión?

—Verá usted—replicó Coulson—. Si he de decirle la verdad, yo no conocía á Fynes tanto como dicen; algunos creen que somos amigos de la infancia, inseparables, amigos del alma, y no hay nada de eso. Lo ocurrido es que al bajar del tren, un periodista se me pegó como una lapa y tuve que decirle algo; luego vino un inspector de policía, que por cierto no quiso esperar y tuve que recibirle en mangas de camisa en mi mismo cuarto. El también creía que Hamilton y yo éramos casi hermanos y me mareó á preguntas. No hacía diez minutos que se había ido cuando el botones me ha traído sus tarjetas.

—Y usted dirá: ¡qué pesadez de visitas! ¿Verdad?—le interrumpió Miss Morse, riéndose zalameramente—. Pero en realidad, amigo Sr. Coulson, es usted mismo el que ha levantado la liebre, por haber contestado á todas las preguntas del periodista.

—Es que esos de la Prensa son notables—hizo observar Coulson—. Apenas el joven repórter se había despedido de mí, ya empecé yo á dudar si en efecto sería tan íntimo de Fynes. Supongo que la señorita Morse, que usted le

conocía por lo menos tan bien como yo.

La joven movió la cabeza de arriba á abajo repetidas veces.

—Sí, señor—replicó—, Fynes y yo nos hemos criado juntos en el mismo pueblo. De chicos jugábamos juntos.

Coulson, un poco asombrado, dijo: —No sabía que Fynes tuviera ningún amigo íntimo en este viejo continente.

—No quiero decir—continuó la joven—que en estos últimos años hayamos sido uña y carne, no, señor. Hace ya nueve años que vine á Europa y desde entonces, naturalmente, no le he visto con frecuencia. Cuando venía por aquí, siempre nos veíamos y solíamos charlar cosas de nuestra tierra; no es extraño, pues, que tanto me haya impresionado su triste fin.

—Es natural, es natural—contestó el americano apoyándose en el respaldo y echando una pluma sobre otra—. Cuando leemos esas cosas en los periódicos, no les damos gran importancia, pero cuando conocemos á los protagonistas, nos tiene que hacer gran efecto, basta que se le haya saludado á uno en la calle y luego se lea que ha sido el matador ó la víctima, para que nos interese grandemente.

El barón, que hasta entonces no había dicho esta boca es mía, preguntó:

—¿Y le ha visto usted con frecuencia durante la travesía?

—Con frecuencia ni yo, ni nadie. Apenas salía de su camarote y no creo que estuviese mareado ni un solo momento, pero era de lo más insociable que se puede usted figurar. Dudo que hubiera á bordo media docena de pasajeros que le podrían reconocer si le vieran en la calle.

—Era una persona misteriosa, según parece—dijo el aristócrata.

—Sí que lo era—asintió Coulson—. Jamás hablaba ni de él ni de sus negocios, aunque no creo que tuviera mucho que hablar de ellos. Llevaba una vida muy tranquila, hasta triste.

Todo lo tenía tan calculado: tantas horas de trabajo; tantas de descanso; tantos duros al mes de sueldo, tantos de gastos y tantos de economizados y á la vez una pensión, sopitas y buena cerveza. Esa era su vida y su manera de pensar. Yo no podría vivir así.

—Ni yo tampoco—dijo el barón—, pero es probable que cuando viniera á Europa no fuese tan formal. Eso es muy corriente y más entre las razas que se las echan de serios y sensatos.

—Sí que es verdad, pero no en lo que se refiere á Fynes, quizás, quizás, alguna juerguecilla inocente, pero no lo tenía en la masa de la sangre.

Somerfield se rascó la mejilla y mirando á la joven dijo:

—Parece mentira que un hombre de esas condiciones haya podido tener un enemigo tan encarnizado.

—No creo que tuviera ninguno—afirmó Coulson.

—¿Y estaba nervioso en el barco?

—Como de costumbre; ni más ni menos. Todos esos detalles ya los tiene la policía, que de poco le servirán, según creo. Lo único que puedo asegurar á ustedes es que estaba tocado.

—¿Cómo dice usted? ¿Tocado?

—Sí, señor, tocado, chiflado, puede estar seguro. De otras cosas relativas á Fynes no estaré enterado, pero de que no regía, no le quepa duda. Era una de esas personas que no le gustaba que la gente se ocupara de él, y sin embargo, siempre estaba haciendo cosas raras para que la gente hablara.

Creo que me comprenderán ustedes, era uno de esos hombres que le gustaba la "pose", como dicen los franceses, aparentar, echárselas de algo, en fin.

No hace mucho que estuve aquí otra vez con él, y siempre andaba con trenes especiales, sin necesidad, ayudas de cámara cuando no tenía ropa que cuidar, en fin, un maníático. Es más,

siempre llevaba un intérprete con él, y hablaba cuatro ó cinco idiomas; le daba por la grandeza. Esta vez el pobreillo ha pagado con la vida su afán de querer figurar. Naturalmente le creyeron un millonario, asaltaron el tren de un modo u otro, y le partieron el corazón de una puñalada, para robarle. La cosa me parece bien clara.

—Pero si encontraron el dinero en su cartera—observó el barón.

—Algo de lo que llevaba, sí; pero no la inmensa mayoría y eso lo sé fijamente porque vi cuando se lo dio el sobrecargo del buque, y eso precisamente es lo que le he dicho hace poco al inspector Jack.

Miss Morse escuchaba, pero no se convencía, y al cabo de un momento, preguntó á Coulson:

—Dígame. ¿Se veían ustedes á menudo en los Estados Unidos?

—No, por cierto. Si le gustaba poco tratar á la gente en este lado del Atlántico, en América le gustaba menos aún. Era tan rara su vida que si bien él no se inquietaba por tratar á los amigos, los conocidos tampoco le buscaban; su compañía no era nada entretenida. El año pasado, me le encontré en una calle de Washington, pero ni me ofreció su casa ni me dijo qué Centros frecuentaba. No hacía más que trabajar. De la oficina á casa y de casa á la oficina, y en su misma casa trabajaba horas extraordinarias. Así, cualquiera se vuelve loco. Ahorrar y ahorrar, ese era su lema. Cuando había economizado una regular cantidad, á Europa á gastarla, y vuelta á empezar. Esta vez nos encontramos á bordo, y apenas si nos dimos un apretón de manos. No jugaba al póquer, ni al monte, ni al ajedrez, á nada; siempre metido en su camarote.

Penélope le miró fijamente y le dijo:

—Señor Coulson, está usted destruyendo todas mis ilusiones. ¡Y yo que creía que Mr. Fynes era el héroe de alguna novela fantástica ó cosa así! Yo me lo figuraba rodeado de enemigos, perseguido, asesinado, finalmente, por algo novelesco, algo más romántico que justificara tan misterioso asesinato.

—Pues, indudablemente, no ha sido así. Un robo vulgar, muy bien preparado, eso es todo, sin misterio, sin novela. Le creyeron millonario, y á robarle; lo más prosaico, lo más vulgarmente. El tipo mismo de nuestro común amigo ó conocido, no tenía nada de interesante. Un tipo vulgar, corriente y además faltándole un tornillo.

Miss Morse, suspiró:

—Pobre Fynes—dijo después—. Creí que podría usted decirme algo más de él; de todas maneras, muchas gracias por su amabilidad.

—Usted que le trataba, ya sabe que hablaba poco.

—Me extraña que fuera tan corto. Cuando íbamos juntos á la escuela, no era así. Últimamente viajó muchísimo. ¿Verdad?

Los ojos de Penélope se clavaron fijamente en Coulson al hacer la pregunta, y por primera vez la respuesta del americano tardó en salir de sus labios. Por fin contestó:

—No, que yo sepa; no tengo idea de de que fuese tan incesante turista.

Penélope se levantó y alargó la mano para despedirse:

—Señor Coulson, muchas gracias por la acogida que nos ha dispensado. Siento, desde luego, que no nos haya dicho nada de nuevo, pero no he podido resistir las ganas de venir, y por eso le he molestado.

—Es triste lo ocurrido—añadió Coulson, levantándose y acompañando á la

pareja hasta la puerta—, pero puede estar usted segura de que Fynes no era ningún héroe de novela. Ya ve usted, ni los periódicos han podido hacerlo, á pesar de lo que adornan sus cosas. Un robo, un robo vulgar, con un triste fin para el pobre Fynes. A los pies de usted, señorita.

Eran ya las seis y media de la tarde, el viajero fué al restaurant, se hizo servir la cena, que comió con verdadero apetito. Después sacó un verguero, fué al salón de fumar, se arrellenó en una butaca y empezó á dar chupadas y á lanzar humo al aire, con verdadero deleite.

—A ver si se me hace esperar—se dijo.

No había terminado de pensar la frase, cuando Vanderpole entró en el salón, miró á su alrededor, y acercándose á Coulson le dio una palmadita en el hombro. Parecía otro, con su frac

ro estaba descosido cuando encontraron el cadáver, y los papeles no estaban allí.

El joven diplomático echó una mirada por el salón. Viendo de nuevo que estaban solos, continuó:

—Esta tarde he tenido un soplo, y sé algo del asunto, se lo he dicho al embajador, y me ha enviado aquí para verle á usted. No tenemos que perder tiempo en hipótesis; la cosa es grave, y el jefe está como loco. ¿Cree usted que ha sido un robo vulgar?

—De ninguna manera, lo que dicen por ahí son infundios.

—¿Está usted seguro?

—Sí, hombre, sí. El autor de eso del robo he sido yo, que se lo he dicho á los periodistas y policías. He mentido, intencionadamente, para despistar, como comprenderá usted; yo sé el dinero que llevaba Fynes encima, y es exactamente el que le han encontrado.

El diplomático prosiguió:

—Ha hecho usted muy bien en engañar á esa gente; y de los documentos por publicado, ¿qué?

—En mi maleta están, y visto el aspecto que las cosas toman, no me desagraría quitármelos de encima. ¿Quiere usted que se los entregue?

—Sí, por cierto, vengan, no he venido á otra cosa.

—Quédese aquí; los tengo en mi cuarto, en seguida los traigo.

Subió á su habitación, abrió una maleta y de entre las camisas sacó un sobre un poco grueso, poco más grande que una carta comercial ordinaria. Cosa rara, para buscar la carta, no empleaba sino la mano izquierda; con la derecha empuñaba un revólver; sin embargo, estaba solo, completamente solo. A los pocos minutos bajó al salón de fumar donde le esperaba el joven, y le entregó la carta.

—¿Está usted seguro de que no le han espiado?—volvió á preguntar el diplomático.

—No he notado nada—replicó Coulson.

—Con un poco de cuidado eso se nota en seguida, y más aún cuando se está sobre aviso—continuó diciendo Vanderpole—, á ver recuerde usted.

—No; he tenido una visita, aparte de los repórteres y policías, preguntándome por Fynes, por cierto muy guapa.

—¿Una mujer?—preguntó vivamente el joven.

—Sí, una tal Penélope Morse.

—¡Ah!, sí—exclamó Vanderpole—no es extraño.

—¿Quiere hablar conmigo el embajador?—preguntó Coulson.

—No, en absoluto. Siga haciendo su vida normal, y dentro de diez días, váyase á París, al Gran Hotel, donde recibirá usted una carta.

Se dirigieron á la puerta de salida. El joven tenía la cara alegre, esa cara de satisfacción que tienen los yanquis al terminar el trabajo del día.

—Oiga usted, Coulson, aunque esto no es París, ni Nueva York, tenemos que correr juntos una juerguecilla un día de estos. Yo le avisaré por teléfono mañana ó pasado.

—Con gusto, ya sabe usted que de vez en cuando, aunque viejo, me gusta el jolgorio.

—A ver si hay un automóvil libre, antes de cenar tengo que verme con el embajador y venir á comer aquí con un amigo; le voy á poner dos letras, mientras me buscan un auto.

Un botones pidió un auto por teléfono, al puesto más cercano, y mientras llegaba, el joven escribió cuatro líneas en un papel, que entregó al conserje.

Coulson y Vanderpole se dieron un apretón de manos, salió el último, y



—Creí que podría usted decirme algo más de él.

escrupulosamente cortado, su impecable pechera y la nítida corbata blanca.

—Usted es, sin duda—dijo riendo afablemente—, Mr. James B. Coulson, de Nueva York.

—El mismo que viste y calza—contestó Coulson, dejando el periódico sobre la mesa, y mirando fijamente á su interlocutor.

—Perfectamente—siguió diciendo en tono jovial Vanderpole—. Con que recién llegado, ¿eh? Celebro mucho conocer á usted. ¿Y qué tal la travesía? Sin novedad, ¿verdad? Es un magnífico vapor el Lusitania; lo conozco.

Así siguieron hablando vaguedades, hasta que quedaron solos en el salón. Al salir el último fumador, Vanderpole, bajando la voz, le dijo:

—Coulson, el jefe está intranquilo. No entendemos una palabra de esto. ¿Sabe usted algo concreto?

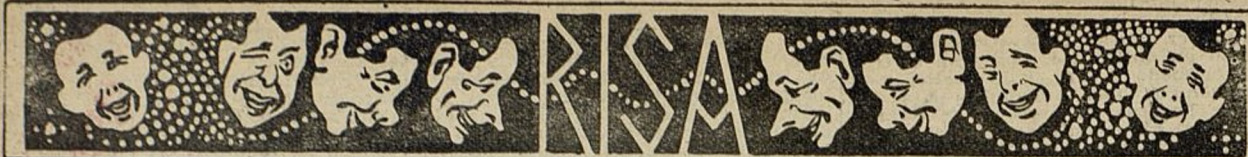
—Nada.

—¿Le espiaron á usted en el barco?

—No lo creo—contestó Coulson—Fynes se embarcó seis ó siete horas antes que yo.

—Traía los papeles, ¿verdad?

—Naturalmente; los traía cosidos dentro del forro de la chaqueta; ya habrá usted leído los periódicos, el fo-



¿Cuál es el torero más perezoso?

El que pone banderillas en silla, pasa de muleta sentado en el estribo, da una estocada acostándose en el toro y le sacan de la plaza en hombros.

En una peluquería:
El barbero: Debo advertirle caballero, que se está usted quedando cano.
—No me choca; acuérdeseme de los siglos que llevo aquí sentado—.

¿Cuál es la plaza que sólo tiene un farol?
La plaza de sereno.

Pasatiempos.

COMPRIMID)

por

Un pequeño Novejarque.

Castigo Amazonas

OMBO

por

Vicente Darés.

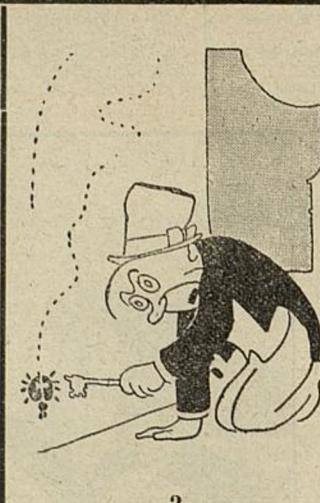
0
0 0 0
0 0 0 0 0
0 0 0
0

Substituir los ceros por letras, de modo que se lea vertical y horizontalmente en la 1.ª línea, letra vocal. 2.ª Una cosa importante de las aves. 3.ª Nombre de mujer. 4.ª Tiempo de verbo. 5.ª Letra vocal

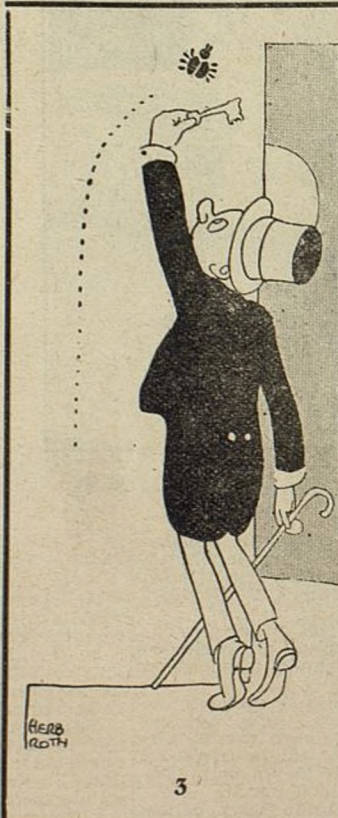
HISTORIETA MUDA LO QUE HACE EL VINO



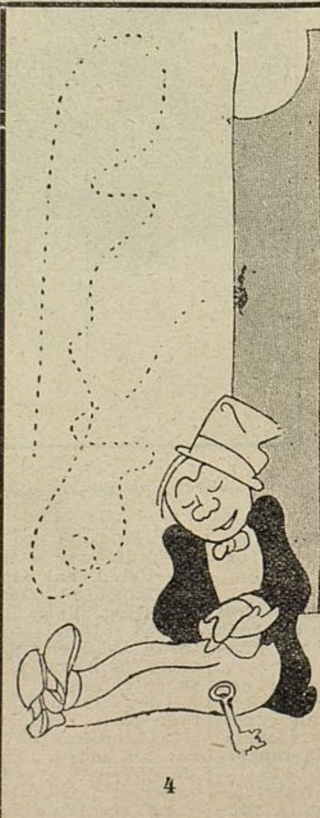
1



2



3



4

¿En qué se parece una cocinera á un volcán?
En que echa fuego y lava.

La vida está llena de contradicciones.

—Pues no lo creo—.

La señora á la niñera:
Petra, en el portal he visto un soldado que besaba al niño. Ya sabe usted que no me gustan esas cosas.

—Señora, es que yo no estaba allí, sino no se le hubiera ocurrido besar al niño.

Soluciones.

Soluciones á los pasatiempos publicados en el número anterior.

Al refrán:

Empezando desde la cadera inferior y leyendo de derecha á izquierda, podrá leerse:

BIEN VENGAS MAL
SI VIENES SOLO

A las pastillas de chocolate:

Los niños compraron:
Tres pastillas de 0,40, pesetas 1,20; quince pastillas de 0,05, pesetas 0,75; dos pastillas de 0,02 y medio, pesetas 0,05. Total: veinte pastillas por 2,00 pesetas.

Al Zoológico:

ELEFANTE-S
ELEFANTES

Al sobre la última:

MAR-CELOS
MARCELO

CORRESPONDENCIA
PARTICULAR

H. V.—Admitimos todo lo que envíe, siempre que sea original.

¡FRACASADOS!

Si no llegáis á realizar vuestra ambición, antes de daros por vencidos leed el estudio que manda gratis con catálogo de libros, N. IVANOF. Bolte, 249. París.

A todos los Anunciantes y al público en general le conviene **LOS SUCESOS** porque es el periódico que alcanza mayor circulación entre los semanarios ilustrados.